

vitchs, etc., y luchas entre príncipes de la misma familia por la posesión del trono. Muchos jefes de gavillas, expulsados de su país, iban á ofrecer á los grandes príncipes rusos servicios siempre estimados. Frecuentemente se mandaban éstos bautizar, y dejaban el título de *murza* ó *tzarevitch* para tomar el de príncipe. Muchas familias principescas de la Rusia actual no tienen otro origen. Basilio el Ciego, en 1452, había fundado para Kasim, príncipe tártaro, el kanato de Kasimof. Iván III, en 1473, constituyó en feudo para un tal Mustafá la ciudad de Novogorod-de-Riazán.

Kazán había sido formidable en tiempo de Basilio el Ciego, que fué llevado prisionero á aquella población. En cambio, reinando Iván III hubo siempre en la ciudad un bando partidario de Moscou, y repetidas veces dispuso de su trono el gran príncipe.

Desde que reinaba en Crimea aquel Menghli-Ghirei que había reconocido la soberanía otomona, las relaciones de esta Horda con Moscou eran amistosas. Iván III, en su correspondencia con el kan, le llamaba *zar* y le dirigía sus mensajes en humilde tono de *tchelobitié* (inclinación de frente, petición). Sus enviados colmaban de presentes al kan, á su mujer Nur-Sultana, á sus hijos y á sus *murzas*. Sin embargo, los dos soberanos eran aliados, amigos, hermanos. Una de las consecuencias de esta alianza fué que el gran príncipe mantenía en Kazán á los hijastros de Menghli—hijos de Nur-Sultana, que había estado casada con un zar de Kazán—. Otra fué que la amistad de Menghli tenía seguro al gran príncipe por la parte de Lituania. Finalmente, le garantizaba la paz por parte del sultán osmanlí, «soberano del mar Negro.»

FIN DEL YUGO TÁRTARO.—El enemigo era la Gran Horda, que recordaba que había cobrado tributo y juzgado á los príncipes rusos. Sofía Paleóloga, esposa griega de Iván III, le decía con frecuencia: «¿Seguiré siendo mucho tiempo esclava del kan de los tártaros? Por ti he negado mi mano á príncipes y reyes, ricos y poderosos, y me he casado contigo. ¿Quieres convertirnos en tributarios á mí y á mis hijos? ¿Tan poco ejército tienes? ¿Cuándo lo armarás por tu honra y por tu fe?»

Mucho tiempo hacía que Iván III dejaba de enviar el tributo á Saray, á lo cual le animaban las divisiones y la anarquía de la Horda; estaba seguro de contenerla por Kazán y por Crimea; en 1477, para suscitar contra ella á un enemigo nuevo, envió al veneciano Marco Ruffo junto á Uzun-Hasán, de la dinastía del Carnero Blanco, amo de Persia.

La situación cambió de repente. El kan Amed ó Akmet rehizo la unión de la Horda. Su primera diligencia fué reclamar el tributo ruso. En 1474 envió junto al gran príncipe al embajador Karakutchum, con un séquito de 600 guerreros y 3.200 mercaderes. Ignórase el resultado de esta misión. En 1476 envió una nueva embajada, encargada de exigir el tributo y de pedir que el gran príncipe fuese á la Horda. Según dice una crónica, Iván III hizo un terrible escarmiento pisoteando la *basma* (¿imagen?) del kan y matando á los enviados menos uno, al cual encargó que volviera á la Horda á contar lo ocurrido. Este relato, que no se apoya en ningún otro testimonio, no se ajusta al carácter prudente y metódico de Iván.

Lo cierto es que se negó á pagar el tributo. El kan, que se había aliado con Casimiro IV, se puso en campaña inmediatamente. Para cerrarle el camino de Moscou, Iván tomó posiciones junto al Oka, y después—por haberse desviado los tártaros hacia el Oeste—cerca del río Ougra. Tenía 150.000 hombres y la artillería de Fioraventi, lo cual no le impedía meditar sobre lo incierto de las batallas y recordar el triste día que siguió á la victoria de Kulikovo. Dejó el ejército, volvió á Moscou, bajo pretexto de preparar la defensa de la ciudad, y envió á su mujer y sus tesoros al lago Blanco.

La presencia del príncipe y la marcha de Sofía alarmaron é irritaron al pueblo, que gritaba: «¡Cuando reinas en tiempo de paz, cobras enormes multas por delitos pequeños, y ahora que has irritado al kan negándole el tributo, nos entregas á los tártaros!» Su madre, el metropolitano Géronte y el arzobispo Vassian de Rostof le apremiaban á que se volviera al ejército. Vas-

sian, con la libertad de un director espiritual respecto á su penitente, le llamaba «fugitivo». Iván no se atrevió á quedarse en la ciudad y se retiró á su casa de las afueras. Su hijo Juan, que estaba en el ejército, y al cual llamó, se negó á obedecer. Entonces volvió hacia el Ougra, pero se quedó en Kréménetz, bastante lejos del ejército. Desde allí envió al kan un mensaje y regalos. Ahmed exigió que el gran príncipe fuera á besarle el estribo; luego declaró que se contentaría con que lo hiciera su hijo, y por último un boyardo. Iván III no quería conceder semejante cosa. Entretanto, el rumor de tales negociaciones había llegado á oídos del arzobispo Vassian, que se apresuró á escribir al gran príncipe encargándole que se sostuviera firme contra «el maldito, el lobo lleno de astucia, el pagano y *besserman* (musulmán) Akmet», recordándole el ejemplo heroico de Demetrio Donskoï, «que había expuesto su vida por la salvación del pueblo cristiano». Le acusaba de cobardía á Iván, pero no le faltaban motivos para reflexionar; nada tan incierto como una batalla contra los nómadas; además temía la llegada del

rey de Polonia, y por último esperaba noticias de lo que pensara hacer su aliado Menghli. Akmet no tenía tampoco grandes deseos de correr ciertos riesgos, y anunció que cuando se helaran los ríos sorprendería el paso del Ougra. En Octubre se heló este río y en seguida mandó Iván al ejército ruso retroceder hasta Kréménetz. Por su parte los tártaros, vestidos muy ligeramente, padecían un frío cruel. Akmet seguía sin noticias del rey de Polonia y empezaba á alarmarse por lo que pudiera hacer Menghli, de modo que también dió orden de retirada. Así se libró Rusia del yugo tártaro sin llevar á cabo ninguna acción brillante.

Los sucesos dieron la razón á las contemporizaciones de Iván III. Akmet, cargado de botín, inspiró envidia á los demás bandoleros de la estepa. Ivak, jefe de la horda del Chiban, espió al kan, le atacó de improviso y le mató. Chig-Alí, hijo de Akmet, sucedió á éste, y en 1501, aliado con los lituanos, quiso vengar á su padre asolando á Moscovia, pero entonces Menghli se arrojó sobre Saray y la destruyó (1502). Aquel fué el fin de la Gran Horda, de cuyos restos nació el kanato de Astracán.

Entonces pudo Iván ocuparse de Kazán. Ya había hecho varias expediciones contra esta ciudad. En 1469, el kan Makmet-Ibrahim tuvo que devolver todos los prisioneros cogidos en tierra rusa durante cuarenta años. Al morir este zar, inmediatamente después de los acontecimientos del Ougra, intervino Iván III entre sus dos hijos (1487); puso en el trono á Makmet-Amin, hijastro de Menghli, y expulsó á Alégam ó Ilgam. Cuando Makmet fué echado por los murzas, Iván III dió el trono á su hermano Abd-ul-Létif, hijo también de Nur-Sultana (1497). En 1502, á consecuencia de quejas de los kazaneses, Abd-ul-Létif

fué destronado y repuesto Makmet. Éste no se portó bien con el gran príncipe, y en 1505 dejó que fueran saqueados los mercaderes rusos, y cuando Iván se encontraba en su lecho de muerte, asoló sus tierras hasta Nijni-Novogorod.

PRIMERA GUERRA CONTRA LITUANIA.—Los países rusos pertenecientes al conglomerado lituano-polaco habían conservado la primitiva organización rusa. Seguían reinando en todos los descendientes de las casas procedentes de San Wladimiro ó del lituano Gédimine. Cada uno de los antiguos principados se había ido desmembrando en distintos dominios; había un príncipe soberano casi en cada distrito. Estas Rusias, lo mismo



Reloj del siglo XVI

que la novogorodense, se veían destrozadas por dos tendencias: la nobleza grande y pequeña se encontraban muy á gusto con la libertad y hasta con la anarquía polaca, y procuraban polonizarse sin dejar de ser ortodoxas; el clero y el pueblo, en cambio, tendían hacia la ortodoxa Moscou.

Mientras vivió Casimiro IV se sostuvo la paz, siquiera en apariencia, entre Moscovia y sus vecinos del Oeste, pero ya hemos visto la mano del rey Casimiro en los asuntos de Novogorod, de Tver y de la Gran Horda; vemos la del gran príncipe en las perpetuas incursiones de los tártaros de Crimea en territorio real; en 1482, estos paganos saquearon á Kief y el santo monasterio de las Catacumbas.

Al morir Casimiro (1492) hubo como una desmembración de su Estado: su hijo Alberto reinó en Cracovia como rey de Polonia; su hermano Alejandro en Vilna como gran príncipe de Lituania. Esta separación duró hasta el momento en que Alejandro reunió ambas coronas (de 1501 á 1506). Iván III tuvo que habérselas principalmente con Alejandro.

En su rivalidad, ora sorda, ora declarada, buscaron alianzas. El gran príncipe de Moscou podía contar con Menghli; el kan de Crimea, con el sultán Bayezid II y con Esteban el Grande, vaivoda de Moldavia. En cuanto corrieron los primeros rumores de guerra, hubo defecciones en el partido de Alejandro: varios príncipes de la Rusia occidental, como los de Vorotinsk, Viasma, Bélef y Mézetsk, prestaron juramento al de Moscou.

Por lo demás, en aquellos confines de ambos imperios, á los dinastas locales les importaba tan poco cambiar, como á los señores gascones y bretones, durante la guerra de Cien Años, hacerse ingleses ó hacerse franceses. En un país que no se defendía la guerra fué muy corta. Acabó con el tratado de 1494, en el cual Alejandro no hizo más que aceptar los hechos consumados y sancionar los cambios; la frontera moscovita se ensanchó hasta el Desna, afluente izquierdo del Dnieper. Por el mismo tratado se acordó el casamiento de Alejandro con Elena, hija de Iván III. Como éste, en el matrimonio de

una princesa ortodoxa con un príncipe católico, veía principalmente un medio de acción sobre los súbditos ortodoxos de Lituania, cuidó de estipular que Elena no cambiaría de religión, y que en su palacio tendría una capilla y un capellán del rito griego. Elena, considerada primeramente por los polacos como prenda de paz perpetua con Moscou, se convirtió en nueva causa de discordia.

SEGUNDA GUERRA CONTRA LITUANIA Y POLONIA.—La segunda guerra (1500-1503) tuvo, en efecto, dos causas: las supuestas tentativas de los polacos para convertir á Elena á la religión católica, y la cuestión de los cambios de juramentos de fidelidad que multiplicaban las causas de conflictos. Esta vez se hicieron moscovitas los príncipes de Bielsk, Mossalsk, Khotatof, Chernigof, Rylsk, Novogorod-Séverski y Starodub, y los boyardos de Mtensk y Serpeisk. En todo el país, entre el Desna y el Soja, no hubo resistencia alguna. Cuando apareció el ejército polaco fué derrotado en Dorobuge y Mtislavl. Sólo pudo sostenerse en las plazas de Vitepsk, Polotsk, Orcha y Smolensko. Los moscovitas fracasaron en el sitio de esta última ciudad (1500).

Los polacos llamaron en su auxilio á los caballeros Porta-Espada. Los alemanes tenían también quejas de Moscou; el gran príncipe había construido la fortaleza de Ivangorod para dominar á Narva; los mercaderes de Alemania habían sido saqueados en Novogorod. Su gran maestre, Hermann de Plettenber, reunió á sus «hombres de hierro» y una artillería formidable; un ejército de 40.000 moscovitas fué derrotado á orillas del Sritsa, junto á Isborsk (1501). Éstos se desquitaban al año siguiente, frente á los muros de Pskof. Alejandro, que acababa de ser elegido rey de Polonia, se cansó de aquella guerra. Entonces el papa Alejandro VI y el rey de Hungría ofrecieron su mediación. Se acordó, no una paz, sino una tregua de seis años (1503), que fijó el límite de Moscovia en el río Soja, de modo que gran parte de la Rusia primitiva fué—según expresión de los historiadores rusos—*recobrada* por la Rusia nueva de Moscou.

EL CASAMIENTO GRIEGO; SOFÍA PALEÓLO-

GA.—Sábese que los hermanos del último emperador bizantino, déspotas de Morea, habían sido despojados por Mohammed el Conquistador (1). Tomás, que era uno de ellos, se refugió junto al papa Pío II (1460). Una de sus hijas se había casado en 1446 con Lázaro II de Servia. La otra se llamaba entonces Zoa. Al morir Tomás (1465), el papa Pablo II se ocupó, al parecer, de concierto con el célebre cardenal griego Besarión, en buscar marido á Zoa. Casando á ésta con Iván III esperaba Besarión preparar un desquite del helenismo y quizá la unión de ambas Iglesias. En Febrero de 1469, un griego llamado Jorge (tal vez Jorge Trakhaniota) se presentó en el Kremlin con una carta del cardenal. Iván III recibió con gusto la proposición de aquel matrimonio. Mandó á Italia á un artista ó ingeniero italiano llamado por las crónicas rusas Iván Friazin, pero que era realmente Juan Bautista de la Volpe, de Vicenza. Juan Bautista vió á la princesa y entendió que había de agradar al príncipe. El poeta italiano Luis Pulci la describe como «una montaña de grasa y de tocino»; pero los moscovitas de aquel tiempo tenían las mismas aficiones estéticas de los turcos: gustaban de las mujeres macizas y gordas. El papa Sixto IV favoreció á la novia del gran príncipe con una dote de 6.000 ducados, le hizo muchos regalos y le dió un séquito imponente, compuesto de la legación rusa, de griegos (entre ellos Jorge Trakhaniota) y de italianos, entre los cuales iba el cardenal Antonio Bonumbro. Aquella caravana heterogénea atravesó Alemania, embarcó en Lubeck, desembarcó en Revel y luego fué á Moscou por Pskof y Novogorod (verano de 1472). Al aproximarse á Moscou surgieron dificultades: escandalizaba á los rusos la presencia de un legado delante del cual se llevaba la cruz latina. El gran príncipe consultó á los boyardos y al metropolitano Felipe. Éste le dijo: «Si entra con su cruz por una puerta de Moscou, yo, que soy tu padre espiritual, saldré por otra.» Iván III invitó al cardenal á que ocultara la cruz. Los esponsales y el matrimonio fueron

(1) Véase lo dicho en el tomo anterior.—Iván III había perdido en 1447 á su primera mujer, María Borissovna, princesa de Tver.

celebrados por el metropolitano en la Asunción del Kremlin, y Zoa tomó el nombre de Sofía. Engañóse el papa si creyó atraer á los moscovitas al catolicismo. Su legado lo comprendió en seguida. Cuando los teólogos rusos le propusieron discutir sobre la Unión, contestó con gran acierto: «No me he traído mis libros.»

El matrimonio griego tuvo para Moscou otras consecuencias de incalculable alcance. Desde aquel día se consideraron los rusos herederos y vengadores de Bizancio, y el gran príncipe puso en su escudo de armas el águila bicéfala de los Paleólogos. La civilización rusa, que por el casamiento griego de San Wladimiro y la conversión de su pueblo al rito ortodoxo (siglo X) tenía ya sus orígenes bizantinos, se hizo más bizantina todavía. Sofía llevaba al Kremlin el orgullo de sus antepasados; la hemos visto impulsando á su marido á sacudir la soberanía tártara; los boyardos la acusaron de inspirarle ideas autocráticas. El ceremonial de la corte moscovita se adaptó hasta el último detalle al de la corte bizantina. No fué menos importante este casamiento por su influencia en la civilización rusa: la Paleóloga no sólo traía griegos, sino italianos; no sólo los elementos añejos de la cultura bizantina, sino también los elementos juveniles y vivos del Renacimiento europeo.

RELACIONES CON EUROPA.—Iván III entró en relaciones con Venecia gracias á un embajador de esta república, llamado Trevisano, al cual se había confiado una misión cerca del kan de Saray, y á quien prendió y condenó á muerte el gran príncipe de Moscou. El Senado veneciano intervino á tiempo, y escribió á Iván III que el buen éxito de la misión de Trevisano sería muy útil á los rusos, pues tenía por objeto lanzar contra los otomanos al kan de la Gran Horda y quitarles aquel imperio de Oriente que, «á falta de herederos, correspondería al duque de Moscovia á consecuencia de su ilustre casamiento». Trevisano fué puesto en libertad (1474). Contarini, que volvía de una misión cerca de Uzun-Hassán, se presentó también como embajador de la república en Moscou (1476). Fué muy bien recibido por Iván, del cual conservó una im-

presión muy favorable. El gran príncipe no se cansaba de oírle hablar de Italia y del Occidente. «Cuando al hablar con él retrocedía yo por respeto—dice el veneciano—, se acercaba más á mí y atendía con gran interés á cuanto le decía.»

Iván III casó á su hija Elena con Alejandro, rey de Polonia, y á su hijo Iván con una hija de Esteban el Grande de Moldavia. Recibió en 1486 y 1489 dos embajadas del emperador Federico III, que le pedía la mano de su hija para su sobrino el margrave de Baden. Ofrecía nombrar á Iván «rey de Rusia», pero Iván respondió que, «como instituido por Dios, nunca había deseado ni desearía en adelante recibir de nadie semejante título». Sin embargo, envió á su vez en 1489 á Jorge Trakhaniota como embajador á Maximiliano, sucesor de Federico III. También entabló correspondencia con Matías de Hungría, con el rey de Dinamarca, cuya alianza pretendía contra Suecia, con varios papas y con el sultán Bayezid II. Pléchtchéf fué el primer embajador ruso en Constantinopla.

Tales fueron los comienzos de la diplomacia rusa. Iván III empleó en ella á griegos como Jorge Trakhaniota, Manuel Doxa y Demetrio y Manuel Ralo; á italianos como Marco Ruffo, su embajador en Persia, pero en 1474 envió á Venecia á Semen Tolbuzin, verdadero ruso; en 1493, á Manuel Mamyref, y en 1499, á Golokhvastof.

CARÁCTER DE IVÁN III.—Iván III fué un conquistador á quien se vió pocas veces al frente de los ejércitos y evitó siempre arriesgar batallas. Su compadre Esteban de Moldavia decía de él: «Iván es un hombre extraño; permanece tranquilo en su casa y triunfa de sus enemigos, y yo, que estoy siempre á caballo, no puedo defender mi país.» Por este estilo Iván III recuerda á nuestros Carlos V y Luis XI.

En aquel reinado, ya por la fuerza de las cosas, ya por la influencia de Sofia Paleóloga y de las ideas bizantinas, hubo algunos cambios en las relaciones del príncipe con los súbditos. Iván fué el primero que mereció el sobrenombre de Terrible, que acabó por darse definitivamente á su nieto. Herberstein oyó decir que una mirada suya

hacia desmayarse á las mujeres. Cuando dormitaba de sobremesa, sus boyardos guardaban un silencio pavoroso. Procesos acompañados de torturas y suplicios atroces acabaron de intimidar á los recalcitrantes. Karamzín ha dicho acerca de Iván III una frase muy profunda: «Penetró el secreto de la autocracia.»

II.—Basilio Ivanowitch

BASILIO ANTES DE SU ADVENIMIENTO; CRISIS DE SUCESIÓN.—Basilio, sucesor de Iván III, había padecido infortunios: antes de subir al trono había estado en la cárcel. El difunto gran príncipe se había casado dos veces: primero con María Borissovna, princesa de Tver; después con Sofia Paleóloga. Hijo de la primera fué Iván—Juan el Joven—; de la segunda, Basilio. Juan murió en 1490, dejando viuda á Elena de Moldavia y un hijo llamado Demetrio. La corte de Iván III se encontró dividida en dos fracciones, mandadas cada una por una mujer: Elena en favor de su hijo Demetrio; Sofia en pro de su hijo Basilio. Defendían á ésta los *pequeños boyardos* ó los *diaks* ó secretarios de Estado; á Elena, los principales boyardos, que aborrecían el origen extranjero y el orgullo de Sofia Paleóloga. Estos boyardos hicieron concebir á Iván III sospechas de su hijo Basilio—al cual acusaban de pensar en una rebelión—, y hasta de Paleóloga. El gran príncipe alejó á Sofia de su alcoba, y mandó encarcelar á Basilio y decapitar á seis partidarios suyos. Procedió solemnemente á la proclamación y coronación de su nieto Demetrio—asociado desde entonces al imperio—en Febrero de 1498. Después hubo una mudanza, é Iván III trató con rigor á los boyardos que habían contribuído á la elevación de Demetrio. Sus sospechas y rigores no tardaron en alcanzar á su nieto y á su nuera, y mandó suprimir el nombre de Demetrio en las oraciones públicas y encarcelar á Elena. Basilio, sacado de la cárcel, fué declarado príncipe heredero, asociado al Imperio y coronado con tanta solemnidad como antes Demetrio. De modo que la carencia de una ley de sucesión bien formulada, daba libertad á la arbitrariedad del príncipe y á

caprichos crueles; ocurrían en Moscou escenas que recordaban las de la corte otomana, y anunciaban los dramas del siglo XVIII.

CARÁCTER DE ESTE REINADO.—Cuando Basilio sucedió por fin á su padre (1533), su primera diligencia fué hacer más riguroso el cautiverio de Demetrio, tanto, que el príncipe pereció. Todavía le quedaban á Basilio cuatro hermanos: Sémen, Andrés, Demetrio y Iuri (Jorge); pero su padre había reglamentado la sucesión de tal manera, que nunca fueron un peligro para el nuevo soberano. Iván III no les había otorgado ningún poder político en los dominios que les dejó; no fueron más que los primeros súbditos de su hermano.

Este reinado de veintiocho años (1505-1533) fué de todo punto continuación del anterior. El padre de Basilio había aniquilado los principados rivales menos uno. Basilio suprimió á Riazán, último principado autónomo de la Rusia moscovita (1520), y á Novogorod-Séverski (1523), poderoso principado de la Rusia occidental. Su padre había acabado con la independencia de Novogorod: Basilio acabó con la de Pskof. Su padre, á costa del imperio polaco, había ensanchado su frontera hasta el Soja; Basilio la llevó hasta el Dniéper. Su padre había roto el yugo de la Horda de Oro; Basilio comprimió el zarato de Kazán y desafió á la Horda de Crimea. Su padre, marido de una griega, había favorecido la introducción en Rusia de los principios bizantinos de gobierno y civilización; Basilio, hijo de una griega, semi-griego, acentuó la evolución. Su padre, sin dejar de gobernar con los boyardos, los aterrorizaba; Basilio se hizo temer de ellos hasta pasarse sin su ayuda. Las relaciones diplomáticas con los Estados de Occidente, inauguradas en tiempo de Iván III, se desarrollaron mucho bajo el reinado de Basilio.

SUMISIÓN DE PSKOF.—La república de Pskof, lo mismo que el principado de Novogorod, se encontraba junto á la frontera moscovita por la parte de Lituania, lo cual ocasionó su pérdida. La anarquía endémica en las repúblicas rusas no dejaba de dar al gran príncipe motivos de intervención. En 1509 envió Basilio á Pskof como *namiestnik*

al príncipe Repnii-Obolenski, como si escogiera á propósito un hombre de carácter altanero y despótico. Pronto afluyeron á Moscou las quejas de los pskovianos contra las exacciones y violencias del virrey, así como las lamentaciones de la plebe contra los boyardos. Por su parte el *namiestnik* se quejaba de la insolencia é indocilidad de los ciudadanos. En 1509 el gran príncipe fué á instalarse en Novogorod, acompañado de boyardos moscovitas y de muchos hombres de armas. Desde allí envió á los pskovianos, muy inquietos con aquella llegada súbita, el siguiente mensaje: «Como habéis reclamado contra el *namiestnik* y sus hombres, alegando que no proceden con vosotros según lo establecido, y vuestro *namiestnik* reclama contra vosotros, diciendo que no le tratáis con respeto y os inmiscuís en sus sentencias é impuestos, envió á Pskof á uno de mis *okolnitchié* (personajes de la camarilla imperial) y á un *diak*, para que os oigan á todos y decidan quién tiene razón.» Como los dos delegados no pusieron nada en claro, el gran príncipe invitó á los pskovianos á que le enviaran los quejosos, todos los quejosos, y «cuando veamos que son muchos los quejosos contra el *namiestnik*, le consideraremos como acusador y le juzgaremos». Como la mitad del país acusaba á la otra, se vieron llegar á Novogorod tropeles de agraviados, *possadniks*, boyardos, mercaderes y plebe, que se dirigían todos al tribunal del gran príncipe. Basilio no les quiso dar audiencia todavía, y les mandó á decir: «Gente quejosa, aguardad la Bendición de las aguas—día 6 de Enero en el estilo antiguo—y entonces administraré justicia.» Llegado el 6 de Enero, toda aquella gente se reunió en el patio del arzobispado. «¿Estáis todos?», preguntaron los moscovitas. «Sí.» «Entonces, entrad.» Pero no se dejó entrar más que á los jefes, dejando á la puerta á la gente de menos categoría. Los moscovitas dijeron á los que habían entrado: «Sois prisioneros de Dios y del gran príncipe.»

Había caído en la red casi toda la aristocracia nobiliaria ó burguesa de Pskof. Cuando llegó la noticia á la comarca se tocó á rebato y se reunió la *vetché*. Los más osa-

dos decían: «Levantemos el escudo contra el *goçoudar*»; otros replicaban: «Sí, pero nuestros hermanos los *possadniks* y boyardos se encuentran como rehenes en poder del príncipe.» No tardaron en recibir un mensaje de los presos, suplicándoles que no resistieran. Entonces escribieron una carta humildísima á Basilio, diciéndole: «No somos contrarios tuyos, *goçoudar*; Dios y tú, *goçoudar*, sois los dueños de esta pobre gente.»

El 12 de Enero de 1510 llegó á Pskof el *diak* Dalmatof, é invitó á los ciudadanos á reunir la *vetché*. Dijo á la asamblea: «El gran príncipe quiere dos cosas: primeramente que no haya más *vetchés* y que se os quite la campana; después que desaparezcan los *possadniks* y que haya en la ciudad dos *namiestniks* suyos, y en las afueras sus *namiestniks*.» Si los *pskovianos* resistían á las voluntades del gran príncipe, había fuerzas dispuestas á reducirlos, y la sangre vertida caería sobre sus cabezas. Pidieron veinticuatro horas de plazo para deliberar. Al día siguiente se reunió la *vetché* por última vez y le dijeron á Dalmatof: «En nuestras crónicas consta el juramento que hicimos á los antepasados del gran príncipe. Los *pskovianos* han jurado no apartarse nunca del *goçoudar* que está en Moscou, ni por Lituania, ni por Polonia, ni por los alemanes, ni por nadie; sino la cólera de Dios caería sobre nosotros con el hambre, el fuego, la inundación y la invasión tártara. Y si el *goçoudar* por su parte no cumpliera su juramento, igual anatema caería sobre él. Ahora Dios y el *goçoudar* son dueños de Pskof y de nuestra campana. Nosotros, por nuestra parte, no hemos hecho traición á nuestro juramento.»

Nada contestó. Dalmatof á lenguaje tan digno y conmovedor. Mandó descolgar la campana grande y se la envió á su señor. En la ciudad, según dice una crónica, «no había quien no llorara, hasta los niños de pecho».

Á los pocos días llegó el gran príncipe á Pskof. Fué recibido á las puertas de la ciudad por el clero, los boyardos y todo el pueblo. Se cambiaron saludos. «¿Cómo os va, hijos míos? ¡Dios te dé salud, *goçoudar*, gran príncipe, zar de todas las Rusias!» Después Basilio fué á rezar á la iglesia de la Trini-

dad. Al día siguiente convocó á los *possadniks*, boyardos, mercaderes y notables que se habían salvado de la redada de Novgorod, y les dijo: «Quiero colmaros de favores, pero en la tierra de Moscou.» Y les entregó como presos á sus hombres de armas. Trescientas familias de las primeras de Pskof fueron trasladadas á Moscovia, donde se les dieron bienes. Familias moscovitas de primer orden fueron á ocupar el sitio vacante que habían dejado en Pskof. En la Ciudad Alta instaló Basilio á sus vaivodas, sus almacenes, su artillería y una poderosa guarnición, llevando el resto de la población á la parte baja y cambiando el emplazamiento del famoso mercado. Luego partió llevando consigo la segunda campana.

LUCHA CONTRA LITUANIA; PRIMERA GUERRA; LOS GLINSKI.—La reducción de aquella república libre á la ciudad del gran príncipe fué como un episodio, entre dos fuerzas lituanas, de la lucha encarnizada que sostenía Basilio contra sus vecinos del Oeste.

Al saber la muerte de Iván III pensó el rey Alejandro conseguir de su cuñado Basilio la restitución de las provincias conquistadas. Recibida una negativa, trató, aunque en vano, de renovar la alianza con el gran maestro Plettenberg. Pronto tuvo que luchar dentro de Lituania con grandes dificultades. Miguel Glinski, gran señor lituano, era uno de los espíritus más despiertos, más cultivados y más inquietos del siglo XVI. Había viajado por Europa: había vivido en España y en Italia, y en Roma había abjurado la ortodoxia por el catolicismo. Había servido en los ejércitos y en la corte del emperador Maximiliano. De regreso á Lituania, consiguió el favor de Alejandro y grandes cargos y vastos dominios para sí y para sus hermanos. Aquel favor fué motivo ó pretexto para una sublevación de grandes del país, obispos ó vaivodas. Tales disturbios favorecieron las incursiones de los tártaros de Crimea: la de 1506 obligó al rey, paralítico entonces, á escapar en una litera. Una victoria de Miguel Glinski atajó la invasión y consoló los últimos momentos de Alejandro (1506).

Cuando Basilio supo la muerte de su cuñado envió diputados á su hermana la reina

viuda para rogarle que lograra que le eligieran á él soberano de Moscou, gran príncipe de Lituania, comprometiéndose á respetar los privilegios de la Iglesia católica. La reina respondió que su marido había designado en testamento á su hermano Segismundo como sucesor suyo, y que los grandes le habían elegido. No fué aquella la última vez que los soberanos autócratas de Moscou aspiraron á las coronas electivas de Lituania y Polonia.

Segismundo I, el más joven de los hijos de Casimiro IV, era más enérgico que sus dos hermanos y antecesores. Resolvió recobrar las provincias conquistadas por Moscou. Intimó á Basilio que se las restituyera. Éste contestó que no le había quitado nada á nadie y que no poseía más que las ciudades y pueblos de su patrimonio, herencia legítima de sus antepasados. Produjo aquello la primera guerra, que careció de importancia.

Lo que más inclinó á Segismundo á la paz fué la rebelión de Miguel Glinski, favorito de su hermano, á quien había despedido y despojado. Exasperado Miguel, atendió á las proposiciones de Moscou, que le ofrecía el principado de Smolensko cuando se le hubiera arrebatado á Polonia (1507). Durante dos años, auxiliado por sus hermanos, propagó la insurrección por el país lituano, tomó á Turol, Mozyr y otras ciudades, y sitió á Orcha de acuerdo con los moscovitas. Contra Glinski se levantó otro magnate lituano, Constantino Ostrojski (ó de Ostrog), á la sazón hetmán de Lituania. Había sido en otro tiempo prisionero de Iván III, bien tratado por éste, y á cambio de un juramento de fidelidad investido con un feudo. Luego se escapó y volvió á servir á Polonia. De modo que Constantino Ostrojski, muy conocido por su devoción ortodoxa, combatía por un rey católico, y Glinski, neófito católico, defendía la causa del gran príncipe ortodoxo.

Aquella primera guerra terminó por la *paz perpetua* de 1509, que consagraba el *statu quo*.

La *paz perpetua* duró tres años, durante los cuales no cesaron las recriminaciones innumerables entre ambos contratantes; los moscovitas aseguraban que el rey de Polo-

nia no había devuelto después de la paz todos los prisioneros; que toleraba las incursiones de sus súbditos en las fronteras del gran príncipe, provocaba las de los tártaros, excitaba rebeliones en Moscovia, y que dejaba maltratar y despojar á su cuñada Elena de Moscou, á quien se quería obligar á abjurar de la ortodoxia. Cuando murió ésta en 1512, se acusó al rey de haber dejado que aceleraran su fin.

SEGUNDA GUERRA DE LITUANIA; ALIANZA CON AUSTRIA Y PRUSIA.—Segismundo había atraído á su causa á Menghli Ghirei que, envejecido ya, dejaba á sus hijos y *mourzas* desahogar su odio contra Moscou. El rey católico, como si hubiera sido vasallo de la Horda, había solicitado un *iarlikh* de investidura para los países rusos que poseía y para aquellos que pensaba reconquistar de Moscou. Esta mudanza de la Horda de Crimea quedaba compensada en favor de Moscou por una alianza con la casa de Austria. Estaba ésta en competencia con los Jagellones como aspirantes á las coronas de Hungría y Bohemia, que detentaba entonces Uladislao, hermano de Segismundo I. El emperador Maximiliano excitaba á Moscou á la guerra y prometía auxiliarle. La diplomacia austriaca atrajo al mismo partido á Cristián II, rey de Dinamarca, y á Alberto de Brandeburgo, nuevo gran maestro de la orden teutónica; éste quiso recuperar de Polonia los territorios que Casimiro IV había arrebatado á la Orden. Á fines de 1514 se presentó en Moscou un enviado del emperador alemán, llamado Schnitzenpeiner, encargado de celebrar una alianza formal entre el gran príncipe y el gran maestro prusiano. Estaban unidos contra Polonia los futuros coparticipes de 1772: Rusia, Austria y Prusia. Indudablemente, Glinski, muy conocedor de los asuntos europeos, no fué ajeno á estos manejos diplomáticos.

TOMA DE SMOLENSKO; BATALLA DE ORCHA.—Toda aquella guerra giró en cierto modo alrededor de Smolensko, punto estratégico de primer orden junto al Dniéper. En 1513, una vez en invierno y otra en verano, el gran príncipe fué á sitiar aquella plaza y mandó dar el asalto; dos veces fracasó, pero no se desanimó, y con auxilio de sus aliados

alemanes, alistó mercenarios checos y silesios y reforzó su tren de artillería. En verano de 1514 reapareció ante los muros de Smolensko, valientemente defendido por el vaivoda lituano Yuri Sollohub. El obispo Barsonoffi y los habitantes ortodoxos obligaron á Sollohub á capitular. El obispo, el clero y los notables fueron al campamento de Basilio para suplicarle que «apartara su espada y tratara bien su patrimonio». El gran príncipe hizo su entrada en la ciudad y rezó en la iglesia de la Asunción. El obispo le saludó con el título de «gran príncipe y autócrata de toda la Rusia». Basilio confirmó los privilegios de todos los órdenes. En presencia de una sumisión tan espontánea no había que tomar tantas precauciones como en Riazán ó Pskof: no hubo traslados de población. Un cronista dice: «La toma de Smolensko fué para Rusia como un brillante día de fiesta; porque apoderarse del bien ajeno puede lisonjear á un príncipe ambicioso, pero hay derecho á entregarse al júbilo cuando se recobra lo que era cosa propia.»

Este triunfo originó la conquista ó sumisión voluntaria de todo el país cercano. Dos rusos trataron de atajar el avance de los rusos. Por una parte, enfurecido Miguel Gliniski con que no le hubieran dado el principado de Smolensko, entró en tratos con Polonia, pero fué descubierto y llevado prisionero á Moscou. Por otra parte, Constantino Ostrojski hizo sufrir á los vaivodas moscovitas una tremenda derrota junto á Orcha (orilla izquierda del Dniéper). No había más que 35.000 hombres contra 80.000, lo cual prueba que los moscovitas eran todavía muy inferiores en armamento y táctica á los eslavos más occidentales. Constantino mandó celebrar con oraciones en lengua rusa en las iglesias ortodoxas aquella victoria contra sus hermanos de raza y religión (1514).

Aquella derrota de los moscovitas produjo la defección de los nuevos aliados. Hasta en Smolensko hubo una maquinación, cuyo instigador fué el mismo obispo que poco antes bendecía al vencedor. El gobernador moscovita, Basilio Chuiski, demostró energía; mandó prender al obispo y se lo envió al gran príncipe; Constantino, que acudió para sostener la maquinación, fracasó en un asal-

to. Desde entonces aflojó mucho la guerra. En 1517 Ostrojski fué derrotado otra vez en Opotchka.

LA MEDIACIÓN AUSTRIACA Y PAPAL.—Esta guerra del Norte tenía revuelta á toda Europa; contra Dinamarca, aliada de Moscou, se armaba Suecia; contra la Horda de Crimea, la de Astracán y el vaivoda de Moldavia; Segismundo I interesaba por su causa á los cosacos del Dniéper, cuyo nombre aparece entonces en la Historia con el de su atamán Dachkhovitch, y Basilio solicitaba la alianza de Selim I, sultán de los turcos. Entretanto, por mediación de Uladislao de Hungría, se verificaba una aproximación entre Austria y Polonia. Los soberanos de los tres países, el Habsburgo y los dos Jagellones, se reunieron en Congreso en Viena (1514). Allí se decidieron los casamientos que habían de asegurar la sucesión austriaca en Bohemia y Hungría. Los Habsburgo no tenían ya queja alguna de los Jagellones. Ambas casas intimaron mucho más cuando murió Uladislao (1516), dejando el trono á aquel joven rey Luis, que había de tener un fin tan trágico. Desde entonces el emperador alemán consideró como un deber proporcionar al Jagellón de Polonia la paz con Moscovia. En 1517 el barón de Herberstein, emperador imperial, autor de los preciados *Comentarii rerum moscovitarum*, entró en el Kremlin y fué recibido en audiencia solemne por el gran príncipe. Decidió á éste á recibir á los plenipotenciarios polacos y lituanos. Empezaron por una y otra parte por presentar las pretensiones más extravagantes: los moscovitas reclamaban á Kief, Polotsk, Vitepsk y todo el antiguo país ruso; los polacos exigían la restitución, no sólo de Smolensko, sino también de Severia, Tver, Pskof y parte de Novogorod. El mediador entregó al gran príncipe una memoria elocuente, en que recordaba la moderación de Filipo de Macedonia con los atenienses vencidos, los infortunios sufridos por Pirro de Epiro por haber exigido demasiado de los romanos, la cordura del emperador Maximiliano, que acababa de devolver Verona á los venecianos, etc. Los moscovitas contestaron que Maximiliano se había ajustado indudablemente á sus costumbres devolviendo á Verona, pero que la

costumbre de su gran príncipe no había sido ni sería nunca ceder á los demás su patrimonio. Herberstein no pudo vencer la obstinación de los moscovitas ni la de los polacos; volvió á salir para Viena, pero acompañado de Plemiannicof. No tuvieron mejor éxito varias embajadas del papa León X.

En 1518 sitiaron los moscovitas á Polotsk y se corrieron hasta Vilna. En 1520 arrasaron á los teutónicos á una guerra contra Polonia y sublevaron contra Lituania una invasión de los tártaros de Crimea. En 1521 Alberto de Brandeburgo, vencido por los polacos, tuvo que firmar con ellos una paz por separado y los tártaros de Crimea y Kazán dirigieron sus incursiones contra Moscou. Á todo esto, ambos Estados eslavos estaban igualmente agotados: en 1522 celebraron una tregua de cinco años.

Para transformarla en paz definitiva intervinieron de nuevo las potencias de Occidente. Basilio había enviado á Madrid (1524) al príncipe Zasiékin y al *diak* Borissóf para solicitar la mediación de Carlos V y de su hermano el archiduque Fernando, y á Roma á Demetrio Gherassimof para pedir la de Clemente VII. El barón de Herberstein reapareció en Moscou acompañado del conde Nugarol. Clemente VII les agregó á Juan Francisco de Pótenza, obispo franciscano de Skara. Con todas estas misiones, como cuando el casamiento de Sofía Paleóloga, la curia perseguía dos fines: reconciliar á Moscovia y Polonia para armarlas juntas contra los turcos ó tratar de convencer á la corte de Moscou para que reconociera la supremacía pontificia. Había de fracasar en los puntos que más le interesaban, pero los mediadores consiguieron la celebración de una nueva

tregua de seis años. El gran príncipe conservaba á Smolensko (1526).

GUERRAS CONTRA LOS TÁRTAROS.—El papa no había logrado meter á Moscovia en una cruzada contra los otomanos porque el gran príncipe tenía en su dominio sus propios turcos y su propia cruzada.

Á su advenimiento había encontrado á la Moscovia del Este víctima de los destrozos de Makmet-Amin, zar de Kazán. En la primavera de 1506 mandó á su hermano Iouri, que dió dos asaltos inútiles á Kazán. Firmóse la paz en 1508, y Makmet no volvió á moverse. En 1517, atacado de mortal enfermedad, envió al gran príncipe 300 caballos magníficamente enjaezados, suplicándole que le diera como sucesor á su hermano Abd-ul-Letif, que disfrutaba entonces en Moscovia el feudo de Kachine. Pero Abd-ul-Letif murió casi al mismo tiempo que Makmet. Entonces Makmet-Ghirei, sucesor de Menghli en el kanato de Crimea, y enemigo determinado de Moscou, suplicó al gran príncipe que favoreciese la elevación de su hermano Saib-Ghirei al trono de Kazán, prometiéndole

en cambio su alianza contra Polonia. Basilio se guardó muy bien de aceptar tan pérfida proposición. Al contrario, eligió al zar de Kazán en la Horda de Astracán, resueltamente hostil á la de Crimea, y nombró á Chig-Alí, á quien había dado ya el kanato de Kasimof. Entonces el kan de Crimea provocó en Kazán una insurrección que destronó á Chig-Alí, y puso en su lugar á Saib-Ghirei. Para apoyar la candidatura de su hermano preparó secretamente una inmensa invasión en Rusia con las fuerzas reunidas de las dos Hordas (1521). Basilio se vió sorprendido: sus vaivodas, que acudieron al Oka



Escultura en boj del siglo XVI